

## Entrevista a José Lachevsky

POR CAMILO CAZALLA

Camilo Cazalla: ¿Qué nos podrías contar sobre cómo ha reaccionado el psicoanalista de la orientación lacaniana en estos tiempos de pandemia cuando los cuerpos se han visto obligados al distanciamiento?

José Lachevsky: En un primer momento, cuando vimos abruptamente cortadas por el aislamiento social nuestras actividades, la primera reacción fue de perplejidad. Como a todos los ciudadanos nos invadió una incertidumbre sobre lo que estaba pasando y sobre lo que iba a pasar. Nuestros consultorios cerrados pusieron a nuestros pacientes a una distancia inconmensurable y dejaron los tratamientos en curso en suspenso. De a poco, hablando con colegas, fueron surgiendo alternativas de continuidad por vía telefónica, o videollamada que ofrecimos a aquellos que estuvieron dispuestos a continuar sus análisis por esa vía. Fue una apuesta que realizamos tanto los analizantes como nosotros mismos y tal vez, aunque ya llevemos casi dos meses de prueba, todavía no sea momento de evaluar sus resultados y haya que esperar hasta el retorno presencial para tener una idea más cabal de lo que está sucediendo a

nivel clínico. Sin dudas, que algo funciona a partir de la discontinuidad, pero no veo otra forma de considerar si fue eficaz que esperar el momento del reencuentro real en los consultorios. Hasta ahora comenté algunas cuestiones acerca de un psicoanalista en general frente a esta coyuntura, pero la pregunta apunta al psicoanalista de la orientación lacaniana y ahí corresponde hacer algunas precisiones. Nuestra actividad se desarrolla obviamente en nuestros consultorios, pero también en torno a la Escuela de la Orientación Lacaniana y a sus institutos de transmisión del psicoanálisis a estudiantes. Simplificando, la Escuela se aboca a responder a la pregunta de qué es un psicoanalista y para ello se propone un funcionamiento que empuja las fronteras del saber de nuestra práctica a partir de distintos dispositivos de trabajo en común. Su conducción ha sido muy prudente y ha establecido claramente una política de discontinuidad, es decir, se cancelaron las agendas previas de trabajo para este año y se están elaborando actividades puntuales que tienen como objetivo la comprensión de los avatares actuales de nuestro trabajo como analistas. Paso a paso. En cambio, las actividades que llamé de institutos se han readaptado rápidamente al calor de las clases virtuales y han continuado casi sin interrupciones. Esto, a mi entender, ha producido una tensión fecunda a nivel de los discursos que comandan ambos espacios. Por un lado, el discurso analítico que comanda el funcionamiento de la Escuela ha encontrado tal vez las mismas limitaciones que tenemos en la continuidad de los análisis por medios virtuales. Me pregunto hasta qué punto es necesaria la presencia de los cuerpos para que la Escuela pueda seguir funcionando. Por otro lado, el discurso universitario, que comanda el funcionamiento de los institutos, ha demostrado una vez más la potencia que tiene en nuestra época ya que a todos los niveles la enseñanza no se ha detenido. Es más, llama la atención la proliferación de cursos online en este tiempo. Dejo planteada la cuestión: ¿por qué el discurso universitario se ha visto tan poco afectado frente al impasse de todos los demás?

CC: Si bien el psicoanálisis se ha interesado en pensar la función del objeto gadget y el imperio de las imágenes en nuestra época, ¿qué puede decir sobre el uso de los distintos dispositivos y del espacio virtual en tiempos de pandemia?

JL: En “La Tercera”, una conferencia que dio Lacan en los 70, él se muestra algo descreído por el uso de los gadgets y sugiere que en un momento conducen al aburrimiento. El uso de dispositivos fue y sigue siendo maravilloso para mantener ciertos lazos desde el inicio del aislamiento porque nos permitieron tener algún tipo de comunicación con seres queridos que no podíamos ver presencialmente. Pero veo al cabo de estos dos meses un cierto agotamiento. Queremos verlos y tocarlos, aunque sea con el codo. La infinidad de grupos de Whatsapp que se crearon y que al principio eran el vehículo para contarnos desde qué comíamos hasta como limpiábamos nuestras casas se ha ido pausando. De la cotidianeidad que tenían al principio hasta algún que otro esporádico mensaje en la actualidad. Incluso la ansiedad por reenviar los memes sobre la situación que vivimos ha disminuido. Algo parecido ha sucedido con el consumo de series, películas, visitas virtuales a museos, pinacotecas, etc. Al principio, parecía que íbamos a poder ver todo, leer todo lo que no habíamos leído, visitar todo el mundo que nos estaba vedado desde nuestros dispositivos, pero veo que ese impulso inicial, también marcado por un deber hacer está decayendo. Aclaro que esta es una percepción personal, que he podido verificar con pacientes y amigos, pero que va de la mano de una intensificación de mi trabajo que es un dato a tener en cuenta.

CC: Sabiendo que desde la orientación lacaniana no hay trauma generalizado, ¿cómo pensar el punto de inflexión que la pandemia impone al lazo social?

JL: Es difícil contestar de manera conclusiva cuando estamos en medio del fenómeno de la pandemia. Más aún cuando los especialistas hablan de que esto recién empieza y se desconocen aún los mecanismos de este virus y sobre todo no tenemos un tratamiento ni una vacuna. Entonces, un primer punto de inflexión se podría ubicar en la declaración de la pandemia, cuando los contagios dejaron de ser un fenómeno remoto en Wuhan o incluso en Europa. Podríamos acordar más precisamente que el 20 marzo, cuando nuestro gobierno ordenó el aislamiento social obligatorio, fue un punto de quiebre en los lazos que veníamos sosteniendo hasta ese momento. Tal vez se pueda medir el impacto de esto en los modos de lazo social propuestos por Lacan en sus cuatro discursos. Algo anticipé en la primera pregunta sobre lo que sucede con el discurso analítico y con el discurso universitario. El primero está muy problematizado a partir del aislamiento y la imposibilidad de continuar con nuestra práctica de la manera habitual. Estamos en medio de los debates sobre la pertinencia de atender por medios virtuales y de lo que no quedan dudas es que no es lo mismo. En cuanto al discurso universitario, ha logrado permanecer a pesar de todo apelando a la virtualidad. Continúan las clases, las evaluaciones y no se observa una inflexión en este lazo salvo por el cambio de formato, de presencial a virtual. Del discurso de la histeria sólo diré que se ve afectado por los avatares del amo de nuestro tiempo que detallaré a continuación. Un discurso sobre el que sí puedo decir que sufre el impacto de la contingencia es el del Amo. Es notorio que la respuesta a esta crisis sanitaria mundial no está siendo enfrentada por ningún líder o institución global que logre unificar una respuesta. Ni la ONU, ni la Organización Mundial de la Salud, ni la OEA a nivel regional, pudieron imponer criterios de lucha común contra la pandemia. Lo mismo a nivel de liderazgos de las grandes potencias. No hay ningún país que funcione como imperio y que logre imponer su posición al resto del mundo. Todas las acciones se están llevando a cabo de manera fragmentada, país por país, e incluso en muchos lugares

estado por estado o provincia por provincia. Claramente no hay un Amo que comande la situación porque además sus acciones en la mayoría de los casos son guiadas por criterios de prueba y error. Las decisiones que se toman son tentativas, sujetas a revisión, sin garantías. Nadie ha conseguido una autoridad indiscutible a partir de sus decisiones ya que lo que se decide a la mañana es cotejado cada noche con la nueva lista de contagiados y muertos. De modo que ninguno que asuma una posición de Amo frente a la Pandemia adquiere algún tipo de estabilidad.